

res é inteligentes: nada sobrenatural, nada inspirado, nada religioso en este cuadro. No se descubre allí figura celestial de ningún género; no se oye allí tampoco la vulgar melodía que suele cerner sus alas en el más pagano cuadro de Italia. Si el pintor no dijera que ha querido representar á Belén, y no se hallasen María de hinojos y José absorto, nadie imaginara este cuadro un cuadro litúrgico.

Así la verdadera nota de la maravillosa escena corresponde al Correggio. No busquéis la perfección clásica de Rafael en sus cuadros; pero quizás hay mayor suavidad y melodía. Este artista representa, como nadie, los afectos de ternura y delicadeza. Sobre todo, parece haberse inspirado en el Verbo alejandrino, y visto cómo ese Verbo significa en esencia y resumen una luz de la luz. Correggio irradia el éter ariano, aquel éter, alma de los dioses indoeuropeos, en sus composiciones todas. Nadie ha pintado como él ese resplandor de lo supraesencial, en que van á dorarse las estrellas y á vestirse los ángeles. La irradiación etérea que todo lo esclarece con el calor divino que todo lo vivifica sugiérenle sus más religiosas y místicas inspiraciones. Por eso es el pintor de San Juan, del Evangelista que ha divinizado el Verbo, y el pintor de los ángeles, que llevan en sus ojos el amor á todo lo

criado y sobre sus alas el arquetipo de todos los seres. Hay en Rafael más arte, hay en Vinci mayor ciencia; pero no hay en otro pintor algunas adivinaciones como las suyas de lo que significan, así el sol espiritual como el sol material, así el Verbo divino como el éter increado, en que han bebido las cosas su etérea sustancia y las ideas su divina esencia. El vulgo llama *La Noche* al cuadro maravilloso del museo de Dresde, donde Correggio traza el Nacimiento de Jesús. Y le llama *La Noche*, porque todo está osuro y tenebroso allí, menos lo alumbrado por la mística luz desprendida suave y armoniosa del Niño Dios reclinado sobre la paja. Imaginaos que, de pronto, vierais en profunda oscuridad la vía láctea, con sus fajas de mundos y semilleros de soles; pues tal efecto produce aquella luz divina y sobrenatural, reverberada por tan hermoso cuadro. No hay allí nada terrestre ni aun celestial. Todo el resplandor es de una idealidad adivinada por internas intuiciones. Apenas descubre uno allí á Jesús. Pero los rayos que difunde iluminan con luz de sol á los pastores, con luz de pensamiento á los ángeles, verificándose por milagrosas revelaciones del arte la compenetración milagrosa entre la naturaleza humana y la naturaleza divina en la persona de Cristo, compenetración que no ha podido explicarnos la ciencia, siquier se crea y adivine por la fe.

A cuadro tan sobrenatural poco añadirá nuestro Murillo en su Adoración de los Pastores. El sevillano excelso, cuando no traza las Concepciones etéreas, que parecen hechura de sus arrobamientos y deliquios personales; cuando no copia un éxtasis monástico, en cuya expresión rivaliza con el mismo Zurbarán, adolece de tendencias prosaicas y positivistas, como cualquier literato y pintor, aquejado, por desgracia, de nuestro ponzoñoso realismo. Para penetrarse de tal verdad, no hay como ver la Sacra Familia del Pajarito. Banco y formón de San José; devanadera y ovillo de María; jilguero llevado por Jesús en la manecita; perrillo de lanas á los pies de éste; los objetos y las figuras copian y reproducen el interior de una casa vulgar, pintada maravillosamente, pero de un realismo cuasi flamenco. E igual sucede, lo mismo, en el cuadro de su adoración pastoril. María, muy hermosa, pero muy doméstica, de ojos andaluces, de traje oscuro sevillano, alza con verdadera sencillez el pañal en que descansa jugueteando su hijo. Las dos gallinas del anciano pastor puesto de hinojos, vestido de burda lana y abrigado por tosco pellico, viven, como quien las lleva, pero sin idealidad ninguna. La vieja, con su cesta llena de huevos al brazo, vuelve de cualquier corral andaluz, como vuelve de un aprisco cualquiera el mozo reteniendo al

cordero que se adelanta para lamer al Niño. La figura más idealizada en este cuadro de Murillo, como en el cuadro de Durero, es la figura de San José, quien representa y simboliza la madurez de nuestra vida cuando la inteligencia y el corazón llegan á su completa plenitud. Pero sea de todo esto cuanto se quiera, no dudéis de que jamás la historia verá sobrepujadas las artes pictóricas cristianas, como jamás ha visto sobrepujadas las artes escultóricas helenas. Todos estos cuadros han idealizado el nacimiento de la criatura humana en este nuestro bajo y triste mundo.

Pero volvamos á la historia. Los dos evangelistas narradores de la Natividad de Cristo, son Mateo y Lucas. El primero la menciona tan sólo al comienzo de su capítulo II, de esta suerte: «Y como naciera Jesús en Belén de Judea, por los días del rey Herodes, he aquí unos magos vinieron del Oriente á Jerusalén. Y preguntaron: «¿dónde se halla el rey de los judíos que ha nacido? Su estrella se ha visto en Oriente, y nosotros llegamos á reverenciarle.» Oyendo esto el rey Herodes, turbóse mucho y con él toda Jerusalén. Convocados á este respecto los príncipes de los sacerdotes, así como los escribas del pueblo, preguntóles dónde había de nacer Jesús. Y le dijeron: «en Belén de Judea, »porque así está escrito por el Profeta. Y tú, Belén,

»de tierra de Judea, no eres pequeña entre los príncipes de Judá, porque de ti saldrá un guiador que sostenga y dirija mi pueblo Israel.» Entonces Herodes, reuniendo en secreto á los magos, sacó de ellos el tiempo en que les apareciera la estrella, y, enviándolos á Belén, dijo: «Id allá y preguntad con diligencia por el niño. Y después que lo halléis, avisádmelo, para que yo también vaya y lo adore.» Y ellos, oído al rey, se partieron. Y la estrella, vista en Oriente, les dirigía y guiaba en todo el camino, hasta que, llegados á su término, se posó donde Jesús estaba. Y, notada la detención de tal estrella, holgaronse con verdadero intensísimo gozo. Y entrando en la casa, vieron al niño con su madre María.» Hasta aquí San Mateo. Veamos á San Lucas ahora: «Y aconteció por aquellos días que saliera edicto, por Augusto César ordenado, mandando empadronar á todos los hombres. Tal empadronamiento se cumplió gobernando Cirenio la Siria. E iba cada cual á empadronarse en la respectiva ciudad. Y subió José de Galilea, de la ciudad de Nazareth, á Judea, á la ciudad de David, que se llama Belén, por cuanto pertenecía, según su estirpe, á la casa y familia de David, para empadronarse con María, su mujer, su desposada, la cual María estaba en cinta. Y aconteció que, hallándose allí, vinieron aquellos días, en los cuales

debío parir ella. Y parió á su hijo primogénito, y lo envolvió en pañales, y lo acostó en un pesebre, porque no había para ellos lugar en el mesón. Y rondaban pastores por la misma tierra, velando de noche sobre su ganado. Y vino del cielo un ángel del Señor sobre todos ellos, y el éter celeste los circundó con su resplandor, y tuvieron gran miedo. Mas díjoles el ángel: «No temáis, porque aquí, ahora, os doy nuevas de mucho regocijo para todo el pueblo. Haos nacido en la ciudad de David hoy, un salvador, que es Cristo. Y se os revelará esto por señales. Hallaréis al niño envuelto en pañal y echado en pesebre.» Y súbito fué con el ángel una muchedumbre de los ejércitos celestiales, quienes alababan al Criador y decían: «Gloria en las alturas á Dios y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad.» Y como los ángeles volvieron al cielo, dijéronse unos á otros los pastores: «pasemos, pues, hasta Belén, y veamos esto que nos ha sucedido, manifestado ya por el Señor.» Y hallaron á María y á José con el niño acostado en el pesebre. Y al verle, notificaron lo que les revelaran de él; y todos los que oyeron, se maravillaron de cuanto los pastores decían. Mas María guardábalo en su corazón. Y se volvieron los pastores loando y glorificando á Dios, por haber pasado como se lo anunciaron á ellos.» Hasta aquí los Santos Evangelios.

La vieja literatura,preciada de ortodoxos, no se contenta con esta narración de la Natividad del Señor, en cuya doble autenticidad hay que librar todo lo sabido respecto de tal hecho. Así refiere que María pidió á San José licencia para disponer los fajos y mantillas en que abrigó á su hijuelo. Tela de lino hilada por sus propias manos y urdida le valió para primer pañal; tela de lana ligera y suave le sirvió para la primer mantilla. Tejióle más tarde adrede para él túnica inconsútil. Y no se contentan los escritores ortodoxos con saber la materia de que se componían los vestiditos de Jesús, también saben el color, blanco y morado; también saben que previno José flores y hierbas y otros aromas, de los cuales María compuso agua olorosa, y rociando los fajos, doblólos, y aliólos, los guardó en una caja, donde los llevó después consigo á Belén. Y saben más, saben que, determinado el día de su partida para cumplimentar el edicto de Augusto, con diligencia salió José por Nazareth en busca de cualquier animalejo sobre que llevar á su esposa, y le costó mucho trabajo encontrarlo por el número de gentes idas á cumplir el edicto. Y saben que, tras varias diligencias y penosos cuidados, José dió con pobre jumentillo, sobre cuyo lomo colocó á María juntamente con aguaderas y zurrones, en que iban panes, frutas y

peces, ordinario manjar de que se nutrían y regalaban. Y aun dicen más, aun dicen que, tras cinco jornadas, llegaron á Belén, sábado, en punto de las cuatro de su tarde, hora en que, por el solsticio de invierno, el sol se despide y se avecina la noche. Y siguiendo en su narración cuentan cómo no hallaron los esposos posada, pues nadie quiso abrirlos; cómo, á virtud y por obra de todo esto, se refugiaron en la cueva de Belén; cómo esta cueva miraba seguramente hacia el Norte; cómo José limpió el suelo y los rincones de la cueva en gran trecho; pues corridos los ángeles de verlo en tal faena, descendieron allí hasta barrerla y desempeñarla por completo.

Inútil decir que para los escritores piadosos el censo prevenido por Augusto no debe ser puesto por ningún erudito en duda. Y, sin embargo, no ya en duda suelen ponerlo á una los escritores racionalistas, lo niegan en absoluto y añaden que no lo hallan en documento ninguno auténtico, cuando tan registradas y reconocidas fueran las relaciones de análogas ordenanzas, extrañando mucho que los escritores romanos de autoridad probada elidan un edicto emanado de Augusto, ellos tan habitados á inscribir en sus anales otros actos de Augusto más ordinarios y sencillos. También les maravilla por todo extremo que, habitando María y José la

ciudad de Nazareth, se fueran para tener su hijo á Belén, sitio muy distante, y por caminos en aquella sazón muy peligrosos. Revuélvese Strauss contra la narración evangélica, y asegura que ha sido exclusivamente dictada por el empeño antiguo de unir y enlazar con la casa del viejo rey David la casa del Redentor Jesucristo. Y como quiera que las profecías anunciaban previamente á Belén como cuna del mesianismo, convinieron Mateo y Lucas en dar al Mesías la villa de Belén por lugar propio de su nacimiento. A todo esto los racionalistas añaden que nunca sus contemporáneos llamaron á Jesús belenita: llamáronle, por lo contrario, siempre Nazareno. Y dicho esto consideremos lo que dicen tales narraciones. No se puede, no, penetrar con tal estrecha crítica en estas religiosas expansiones de la humanidad. Los mismos que niegan y combaten la tradición cristiana encuéntranle muy numerosos antecedentes en las tradiciones índicas. También allí una joven pare al Salvador Krichna, y queda virgen; también allí los pastores, avisados por celestiales voces, corren á buscar esta encarnación misteriosísima de su Dios y la encuentran á media noche; también allí aparece como animal simbólico el buey; también allí las estrellas brillan en este acto con luz más fúlgida y cantan los espíritus y los genios celestiales en coro difundiendo

por la creación y por el espíritu un inextinguible regocijo. Dejemos al género humano encerrar en cuantos símbolos y tradiciones le plazca estas divinas verdades religiosas, y convengamos en que han redimido á la humanidad entera, después de haberla impulsado por los misteriosos caminos del progreso.

XII

Dicen todos cuantos visitan á Belén que un regocijo misterioso despiden sus campos y sus breñas, muy en contraste con la melancolía despedida por los escombros de Jerusalén y por los fantasmas errantes en procesión y en tropel sobre tan sublimes ruinas. En dos ó tres horas á caballo se recorre la distancia que media entre la cuna y el sepulcro de Jesús. En el trayecto han de topar los viajeros por fuerza con el sitio donde se dilataban y lucían aquellos tan celebrados jardines de Salomón, por cuyos pabellones y florestas el harén oriental de tan voluptuoso rey se holgaba, oyendo á la continua el *Cantar de los Cantares*, ó sea el precioso idilio consagrado al amor de los amores. Mas los viajeros añaden que todo ha desaparecido, y que la sucesión incansable de siglos numerosísimos y las cóleras voraces de conquistadores ejércitos no han dejado si-